

a nuestra sociedad un elemento simbólico, mitológico, sacramental, que ha perdido. (El joven actor cinematográfico James Dean se mató en un accidente automovilístico, pero muchos jóvenes americanos se negaron a creerlo, porque para ellos era un inmortal.) Las personas mayores que critican la conducta de los jóvenes que no han cumplido veinte años, deberían economizar parte de su tiempo y sus energías para un examen crítico de nuestra sociedad, preguntándose a sí mismas cómo responde esta a la instintiva y elevada expectación de la adolescencia. Puede que los jóvenes rebeldes se comporten atolondradamente, pero sospecho que no pueden menos de pensar que, a medida que crecen, se van viendo cercados por enormes y misteriosas barreras.

Y una de estas barreras ha sido creada por nuestra idea del Tiempo. No es mero accidente que uno de los principales temas de la ciencia-ficción popular sea el de «los viajes por el tiempo». Saltar de siglo en siglo, saltarse millares de años, es un modo fácil y obvio de desafiar al Tiempo. Pero los millones de novelas baratas, todos los escenarios y las pantallas de cine y televisión ofrecen también algunos medios de escapar a la implacable cronología, al tránsito—marcado por el tic-tac de un reloj—de la juventud y la salud y el optimismo hacia la senilidad y la extinción.

Tenemos que movernos ahora con bastante cautela. Parece que lo que principalmente contribuye a procurarnos descanso y alivio en la novela o el drama (por encima, naturalmente, de nuestro interés por los personajes y sus aventuras), es simplemente una clase diferente de duración o un ritmo temporal cambiado. Por ejemplo, no debemos asumir que una novela o una comedia histórica, o que cubra un lapso de tiempo insólito, posea ningún mérito especial. Obras de esta índole pueden ejercer una atracción particular sobre ciertos lectores o asiduos al teatro, pero no, en mi opinión, por la razón que he sugerido, es decir, no en función del Tiempo.

Habrán pocos lectores que tengan más conciencia que yo del elemento Tiempo en la ficción, pero esto no significa que tenga prejuicios en favor de las novelas que pudiéramos definir como de la cuna a la tumba, en las cuales esperamos el nacimiento del héroe o heroína en el capítulo primero, y sus funerales, cincuenta capítulos después. En realidad, esta

clase de novelas me suelen disgustar y hasta las detesto cuando se ciñen a una figura histórica y me ofrecen una biografía espuria, una desagradable mezcla de hecho y ficción.

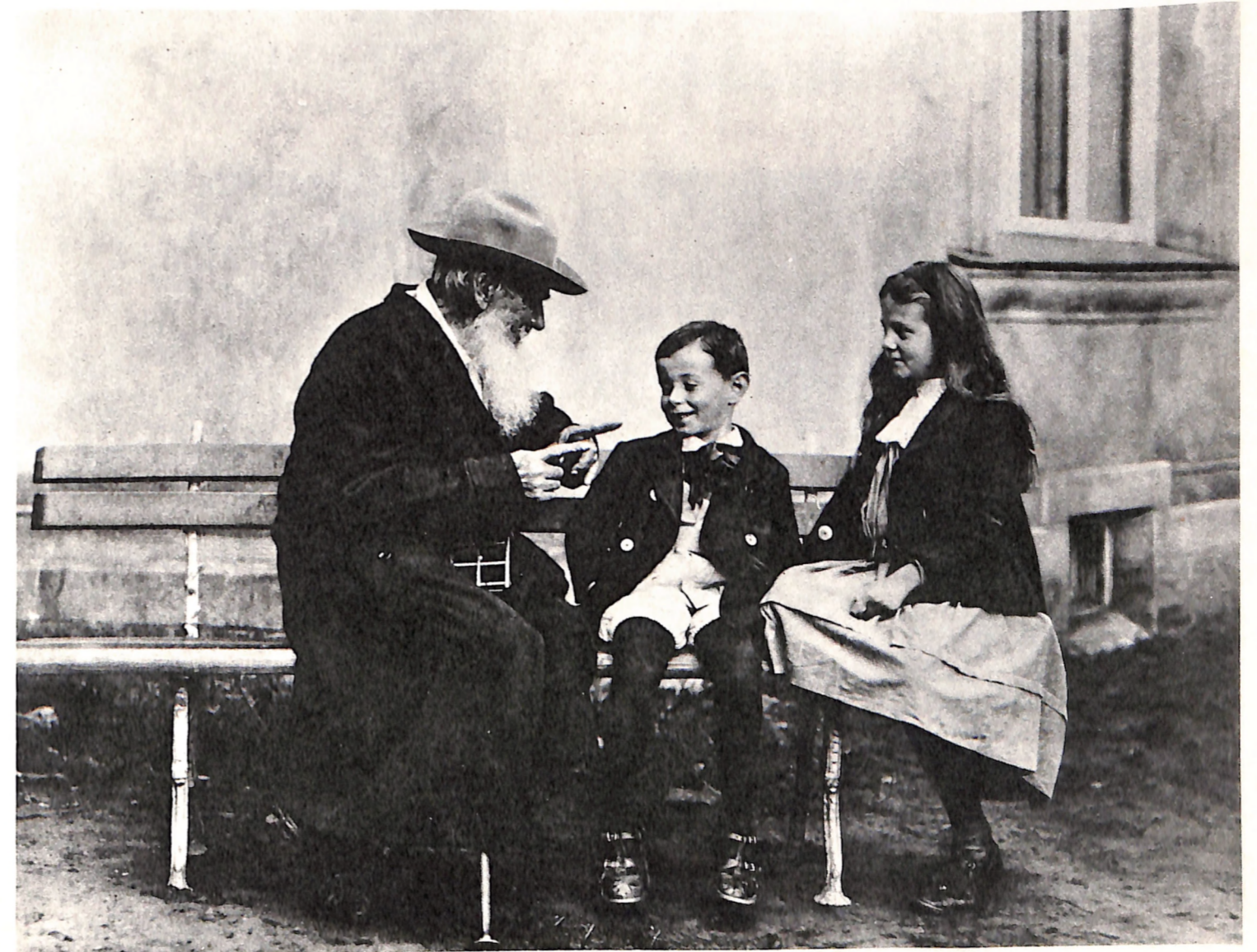
No; la cantidad de tiempo consumida por la acción de una novela es de poca monta. Lo importante es la forma en que se trata ese tiempo, dándonos, en tanto que lectores, una clase diferente de duración, un ritmo temporal cambiado. Hay tres formas o métodos principales.

El primer método pertenece al novelista nato, el hombre o mujer a quien Dios ha destinado para escribir novelas. Creo que es un método casi enteramente instintivo. Se mantiene un fluir uniforme de la narración; se conserva en movimiento, sin sacudidas ni rupturas, una rica y amplia gama de escenas, y, aunque los días y las semanas, los meses y los años, han sufrido una enorme aceleración, parecen pasar llanamente a una velocidad uniforme. Es narrativa moviéndose como un perfecto engranaje. Tolstoi es un maestro de este método; pero hay novelistas menos cimeros que, aunque careciesen de otras cualidades, poseyeron este particular y raro don. Thackeray, por ejemplo. Todos los novelistas que aciertan con este método nos hacen experimentar la impresión de que estamos disfrutando de un recuerdo maravilloso. Nos hallamos en un tiempo no semejante al nuestro, pero sagazmente acelerado, observando el mundo como podría observarlo un semidiós. La liberación de nuestra propia clase de duración es evidente.

El segundo método se halla en novelistas altamente dramáticos, como Dickens y Dostoyevski. Imprimen a su tiempo impacientes sacudidas y luego, de pronto, reducen la marcha, para crear escenas tremendas, casi como si estuviesen a punto de escribir para el teatro. Dominando de tan magistral manera su tiempo, ora apresurándolo todo implacablemente, ora refrenándolo para pintar una escena, como si condujeran un coche a ochenta millas por hora y luego a diez, actúan sobre nuestros nervios, nos obligan a excitarnos y, con frecuencia, a experimentar extraños presentimientos. En un momento dado, estos novelistas parecen irreales; en otro momento, parecen más reales que la vida misma, mostrándonos *cómo es realmente*. (Los lectores que piensen que esto no es cierto respecto a Dickens, deben leer sus últimas novelas con atención más crítica.) Naturalmente, tales novelis-



A la izquierda, castillo de la Bella Durmiente, ilustración hecha por el francés Gustave Doré del cuento de una princesa que se duerme durante cien años. En esta narración, como en otros muchos cuentos semejantes, el tratamiento del Tiempo y la duración se añaden a la «irrealidad» del mundo de los cuentos de hadas.



Abajo, el gran novelista ruso León Tolstoi narra cuentos a sus nietos, mientras espera la llegada de un tren. Las novelas de Tolstoi abarcan vastos períodos de tiempo. Sin embargo, a través de ellas, los acontecimientos se mueven a un ritmo suave y constante, que oculta al lector la aceleración impresa al paso del Tiempo.